

El descubrimiento de Julián



“ EL DESCUBRIMIENTO DE JULIÁN ”

MODALIDAD INDIVIDUAL

CEIP: Alonso Cano, 5º E

Autora: Marina Fernández Panadero

Esta historia comienza en Canadá, en una gran ciudad. Allí vivía una familia muy feliz, tenían una casa muy grande y cómoda. Era una familia muy pequeña, se componía de un padre, una madre y un hijo.

El hijo era muy caprichoso, se llamaba Julián, era rubio y con los ojos azules, tenía una nariz chata y era un poco regordete. Su mamá estaba muy cansada de oírle exigir cosas innecesarias.

Julián asistía a un colegio grande, espacioso, y donde aprendía muchas cosas.

Un día su padre le dijo:

- Este verano vamos a ir al Safari de Nueva Guinea, en África, y lo pasarás muy bien.

Julián se hizo muchas ilusiones.

Cuando llegó el verano el niño preparó su maleta y ayudó a preparar la de sus padres. Al terminar cargaron el coche con el equipaje y se fueron rumbo al aeropuerto.

En el viaje Julián se aburría mucho pero tenía que aguantar. Aunque era un avión de lujo, nadie le podía quitar el aburrimiento.

¡ De repente, a Julián se le ocurrió una idea fascinante ! Miró por la ventanilla y...

- ¡ Oh ! ¡Que bonito, el mar! ¡Cuántas olas! ¡Mira cuántas gaviotas! Es precioso.

Mamá tengo sueño, ¿puedo dormir un rato?

- Si, hijo todavía quedan dos horas .

Y así, pasaron esas dos horas tan largas en el avión.

Cuando llegaron al aeropuerto el niño dijo a su madre:

- Mamá ¿ me compras uno de esos balones que venden en aquella tienda?

- No, tienes uno en casa y ni siquiera lo utilizas.

- Pero, está manchado y quiero otro nuevo.

Su madre le dijo que no era el momento adecuado para comprar un balón, y el niño se enfado mucho y se puso a llorar.

Cuando se le pasó el enfado, subieron a un taxi que les llevó hasta una pequeña aldea poco poblada y cerca del safari al que la familia viajaba.

Después de descargar las maletas del taxi se alojaron en una cabaña como pudieron y salieron a pasear y a ver la puesta de sol, antes de que anocheciera y se hiciera demasiado tarde.

Cuando regresaron del paseo se pusieron a cenar en aquella cabaña tan incomoda y fría .

Tenían mucha hambre pero después de la cena se quedaron satisfechos.

Al día siguiente el guía del Safari les comunicó que estaba enfermo y no podría acompañarles.

- ¡Qué pena con lo que me gusta a mí el Safari!- decía el padre.

- Bueno ya haremos otras cosas - contestó la madre.

Pero Julián todavía no estaba contento y eso no le hacía estarlo, al contrario, le enfadaba más todavía porque él, quería llevarles la contraria. El niño se aburría en la cabaña, allí solo y triste, sin saber a que jugar.

Cuando se cansó de estar allí sentado y esperando alguna idea ingeniosa le dijo a sus padres:

- ¿Puedo ir a jugar o a dar un paseo a ver si encuentro amigos?.

Los padres contestaron: - si claro, pero no te alejes mucho porque puedes encontrarte con alguna bestia salvaje de la selva-.

- De acuerdo mamá - dijo Julián , y se marchó.

Cuando llevaba un rato caminando descubrió que a unos metros de allí se hallaba un poblado Bantú, donde Julián encontró una niña de su edad. Le preguntó su nombre y la niña le dijo que se llamaba Bunki, que en su lengua significaba ojos de águila (porque tenía los ojos de color miel).

Se sentaron a charlar un rato y Julián dijo:

- ¿Me enseñas tu casa?

- ¡Vale! Quedamos mañana a las tres y media junto al lago Conak.

- ¿Dónde está eso?- Preguntó Julián.

- Está al lado del Safari - comentó Bunki.

- ¡Bueno! y ¿cuál es tu colegio? - preguntó Julián intrigado.

- Yo no voy al colegio porque en mi aldea tenemos que trabajar mayores y niños, durante todo el día.

- ¡Vaya! Ahora veo que Bunki no es la única que trabaja - dijo Julián al ver un grupo de niños cargados con cántaros en la cabeza y en las manos. Iban a recoger agua del lago más cercano, que en este caso era Conak, el lago donde habían quedado nuestros amigos. El lago se encontraba a cuatro kilómetros de allí, por eso todos los niños y los mayores estaban acostumbrados a aguantar por el camino sin cansarse y sin deshidratarse.

La niña le contó que ella recorría ese camino todos los días para llevar agua a su casa y a su familia.

- ¡Bueno hasta mañana!- se despidieron cariñosamente los dos y se marcharon.

Por el camino Julián reflexionó un poco y pensó: - tengo mucha suerte al poder disfrutar de mis derechos, porque hay niños en otros países que también los tienen, pero no pueden disfrutar de ellos. Debería dar gracias por tener una buena vivienda, por tener amigos y amigas y un colegio en el que me enseñan muchas cosas, pero sobre todo por que tengo una familia y unos padres que me quieren.

Julián llegó a su casa y les contó a sus padres todo lo sucedido. Se sentó en la mesa y se puso a cenar mientras que pensaba en Bunki.

Al día siguiente Julián fue al lago donde había quedado con su amiga y por supuesto había ido acompañado por sus padres, igual que Bunki. Cuando llegaron, los niños aprovecharon para bañarse mientras que sus padres preparaban la comida. ¡Qué fría estaba el agua!. Cuando salieron del lago se tuvieron que secar con unas pequeñas hierbas que crecían al lado de unos juncos.

Julián cada vez dudaba más de la familia Bantú, hacían unas cosas muy raras, igual que la familia Bantú de ellos, nunca habían comido espaguetis y eso les pareció una verdadera comida exquisita.

Terminaron de comer y se fueron a la pequeña cabaña de los Bantú.

Julián y Bunki fueron a ver en el interior de la vieja Chozza la pelota con la que jugaba la niña, estaba hecha de hojas y cuerdas.

Los padres de Bunki decidieron invitar a Julián y a su familia a cenar. Era una comida un poco rara, se trataba de unos cocos rellenos de arroz y leche de cabra, y de postre... pan de arroz con cereales, pero no eran unos cereales corrientes como los que comía Julián, de chocolate, estaban hechos con trigo. Aunque la cena era rara estaba bien buena.

Sobre la marcha las dos familias decidieron que Julián y sus padres se quedasen a dormir. A la hora de acostarse, se dieron cuenta de que tenían que dormir en el suelo y les pareció un poco incómodo. A la mañana siguiente Julián se despertó con dolores de espalda y de riñones, a sus padres les pasó lo mismo.

Los padres de Julián viendo a su hijo muy pensativo le preguntaron:

- ¿En qué piensas?

- Pues estoy pensando en que no es justo que yo tenga una vivienda digna, un colegio, y disfruto de muchos de mis derechos; hay niños que no tienen familia, colegio, ni siquiera una buena vivienda grande y espaciosa.

Los padres estaban totalmente de acuerdo pero, no había tiempo para hablar sobre eso, el avión salía dentro de una hora.

Las familias se despidieron y cada una se fue por su lado.

Julián y sus padres, recogieron y llegaron al aeropuerto justo a tiempo. Despegó el avión y todos dijeron a coro:

- ¡ Qué bien lo hemos pasado! ¡Adiós Nueva Guinea!.

Cuando llegaron a casa Julián dijo:

- Voy a enviarles a mis amigos de Nueva Guinea mi balón para que jueguen y disfruten mucho con él, así se acordarán de mi.

Así es como el niño dejó de ser tan caprichoso y comprendió el por qué de la vida.

Moraleja: no seas nunca caprichoso, hay niños en el mundo que no tienen ni la mitad de cosas que tienes tú.

FIN